REFLEXIONES

SOBRE LA NATURALEZA.

LA contemplación de la naturaleza nos inspira diversas ideas y diversos sentimientos, según la edad en que nos encontramos, y la situación de nuestro espíritu. Es cosa admirable, cómo esas escenas naturales, siempre antiguas y siempre nuevas, han sido diversamente sentidas, descriptas ó cantadas de diversas maneras, con diferentes colores, y en variados tonos, según los tiempos, los grados de cultura intelectual y aun las razas de los hombres.

La naturaleza es y ha sido siempre la misma. Serena y majestuosa en los cuadros que ofrece á nuestra vista y á los cuales sirven de fondo ó la inmensa bóveda del firmamento, ó enhiestas y lejanas montañas, ó dilatados horizontes; variada hasta lo infinito en las líneas que forman sus bellas

perspectivas; incansable en el incesante movimiento de los séres que la animan; nunca fatigada de producir esa inmensa variedad de sonidos, que son como las voces que de ella se levantan para llegar hasta el cielo; la naturaleza ha sido y será siempre objeto de muda admiración para el filósofo fuente de eterna inspiración para el poeta, causa de constante arrobamiento para las almas tiernas y sensibles. La naturaleza es como el velo misterioso á través del cual se vislumbra apenas la imagen de lo Infinito. No hay colores que puedan copiar exactamente su hermosura, ni palabras que basten á describir sus encantos, ni voces que imiten sus sonidos, ni espectáculos que remeden sus grandezas, ni conciertos que puedan reproducir el inefable conjunto de sus dulces armonías, ni mente que sea capaz de calcular la infinita variedad de sus escenas, ni alma que llegue á saciarse gozando sus inumerables placeres.

He aquí por qué siendo siempre la naturaleza la misma, el hombre no se ha cansado, después de tantos siglos de habitar el mundo, de admirarla y describirla. Desde las edades primitivas hasta los tiempos presentes, el hombre ha sentido siempre las más hondas y gratas emociones al contemplar la naturaleza, admirar sus perspectivas, escuchar sus voces, respirar su aliento, y embriagarse con sus perfumes. La naturaleza no sólo es la madre próbida que alimenta á sus hijos; es también la matrona augusta que cambiando á cada paso los ricos y deslumbrantes trajes que realzan su belleza, aparece siempre con el mismo hermosísimo rostro, animado de expresiones diferentes. Cuéntase de los sacerdotes indios que pasan casi toda su vida en extática contemplación, sin preocuparse de las necesidades ni de los placeres materiales, arrobados, y como inertes ante la Madre Naturaleza. ¿Por qué no sentiríamos nosotros, hijos de una civilización más adelantada, igual admiración?

Mas la contemplación de los espectáculos naturales obra en nosotros de diferentes maneras Cuando niños el placer que sentimos es vago, inconsciente, difícil de analizar y describir: buscamos por instinto los horizontes dilatados, las soledades agrestes, las inmensas llanuras; cáusanos gratísima emoción la rápida corriente de las aguas, el sordo mugido de los torrentes, el agudo silbido de los vientos ó el ronco bramar de las tempestades; nuestra vista se extasía al contemplar el tinte azulado de las montañas lejanas, las formas vagas y caprichosas de las nubes, los inimitables

matices de los crepúsculos. Nuestra alma, virgen todavía de fuertes impresiones, al entrar en posesión de la vida, siente la necesidad de ponerse en contacto íntimo con la naturaleza, anhela por apurar de una vez todos los goces que ella le proporciona, de agotar, si posible fuera, todas las impresiones que de ella recibe, para vivir de su vida é identificarse con ella. He aquí el secreto de esa propensión irresistible que lleva á muchos niños al campo, lo más lejos que es posible de los lugares habitados; propensión que les arrastra hasta hacerles olvidar muchas veces sus deberes, y que no bastan á contener ni las reprensiones ni los castigos más severos.

Más tarde, cuando nuestro espíritu se ha nutrido con todas las enseñanzas que la práctica de la vida encierra, cuando fortalecidos por la ciencia, ó entristecidos por los pesares, ó agobiados por los trabajos del cuerpo ó del espíritu, volvemos á visitar los lugares que en nuestra infancia recorrimos, son diferentes aunque no menos gratas, las emociones que la naturaleza nos hace sentir. Ya no es el grito de admiración y asombro que exhalaban involuntariamente nuestros pechos conmovidos, sino el gemido de dolor y angustia que se escapa de un corazón profundamente lacerado.

Pero la naturaleza, madre siempre tierna y compasiva, responde á este gemido, derramando en nuestras almas el bálsamo del consuelo: á los espíritus inquietos y turbados por las agitaciones del mundo, les da la calma que tanto anhelan; á las almas acongojadas por las penas y amarguras de la vida, ó les proporciona dulce beleño que adormece sus pesares; á los que ven con mirada triste acercarse los días fríos de la vejez, y como que se despiden del mundo visible donde gozaron y sufrieron largo tiempo, háceles entrever un mundo mejor, más hermoso, más grande, más variado en sus formas y en sus colores, inundado de luces más esplendentes, que el que tienen ante su vista; háceles vislumbrar la Inmensidad, la Belleza Infinita, la Eterna y Serena Majestad Divina, objeto sublime de la constante aspiración del alma humana, á través de la inmensidad, de la belleza y de la majestad de la naturaleza creada.

¡Oh! bendita, mil veces bendita la Madre Naturaleza, que en todas las épocas de la vida y en todos los azares de nuestra trabajosa existencia, es para nosotros madre cariñosa y tierna, maestra sabia y discreta, que así cuida de la existencia de sus hijos en la vida presente, como de darles aliento y fuerza para atravesar sin miedo y sin temor

los umbrales de la muerte. He aquí por qué en nuestros grandes dolores, sin quererlo y como instintivamente volvemos hacia ella nuestros ojos nublados por el llanto.

La contemplación de la naturaleza es, pues, para nosotros, cuando niños, objeto de tierna y espontánea admiración; cuando hombres, motivo de consoladoras reflexiones. En nuesta primera edad la vemos como el palacio magnífico que la Providencia destinó para nuestra habitación; en nuestros últimos años, como el hermoso vestíbulo que da entrada á una morada más excelsa, dispuesta para recibirnos por toda la eternidad.

Mas en uno ú otro caso, niños ó viejos, y también tristes ó alegres, llenos de juventud y de entusiasmo, ó agobiados por la pena y la aflicción, si la naturaleza es para nosotros tan hermosa, y enciende en nuestras almas tan dulces afectos, y nos causa tan suaves deleites, y nos proporciona tan grandes consuelos, es porque tras ella se vislumbra á *Dios*, y también porque tenemos un alma racional dotada de la facultad de pensar y de la facultad de amar Para la materia inorgánica, y para el animal irracional, la naturaleza es una cosa muerta, sin sentido y sin atractivos: sus elocuentes voces sólo pueden ser escuchadas por el hombre, dotado de inteligencia y de voluntad, capaz de entender y de sentir.

Con razón decía San Agustín: ¡Bendito seas, Dios mío! ¡Yo te bendigo porque pienso y porque amo!

Junio 19 de 1887.